

Los agentes secretos

El pueblo de Israel junto con su ejército, y bajo el comando de Josué, está preparándose para conquistar su heredad. Primeramente, tomarán la ciudad de Jericó. Para lograr su objetivo, Josué usará un recurso, conocidísimo hoy en el escenario geopolítico internacional. Entrarán en juego aquellos famosos que, conforme describe la Biblia, eran auténticos agentes secretos de la antigüedad.

Josué 2:1-3, nos cuenta: “...Desde Sitín, Josué hijo de Nun envió en secreto a dos espías, y les dijo: Vayan y hagan un reconocimiento de esas tierras, y de la ciudad de Jericó. Ellos fueron y entraron en casa de una ramera, de nombre Rajab, y allí pasaron la noche. Pero alguien (...) fue a darle aviso al rey. Le dijo: «Debes saber que unos israelitas han llegado esta noche para espiar nuestra tierra. Entonces el rey mandó a decir a Rajab: «Saca a los hombres que han llegado a tu casa, pues han venido a espiar nuestras tierras”.

Entraron a Jericó y vemos a dos agentes secretos israelíes, llegando a la amurallada ciudad de Jericó. Allí entraron a una casa que quedaba situada en los bordes de la ciudad amurallada, la casa de Rahab, una mujer de mala fama, que era una prostituta; ahí se hospedaron. Pero el servicio de contraespionaje de Jericó estaba funcionando y, por lo tanto, el rey ordenó que ella confrontara aquella situación, exigiendo que Rahab tomase las provisiones correspondientes. Josué 2:4-7 dice que: “...ella había escondido ya a los dos hombres, y respondió: «Es verdad que unos hombres vinieron a mi casa, pero no me enteré de dónde eran. Como ya era de noche, esos hombres salieron cuando ya se iba a cerrar la puerta de la ciudad, y no sé a dónde se fueron. Si van tras ellos, tal vez los alcancen. Pero ella les había dicho a los espías que subieran a la azotea, y los había escondido entre los manojos de lino (...). Sus perseguidores se fueron por el camino del Jordán, hasta los vados, y en cuanto salieron de la ciudad cerraron la puerta”

Debemos entender aquí que la ciudad está amurallada, fuertemente cerrada y custodiada; lo cual, al cerrarse, impide la entrada o salida de sus pobladores. Los hombres fueron hospedados y protegidos, de manera muy sorprendente, por esta mujer llamada Rahab. Era costumbre, según la usanza de las construcciones orientales, que las casas tuviesen una especie de terraza o azotea. Josué, nos sigue narrando que ayudó a los hombres a esconderse en la azotea, bajo los manojos de lino, engañando a la misma ‘policía secreta’ que los buscaba. Les informó que habían escapado.

Y salió, por así decirlo, la policía secreta tras ellos para atraparlos. Josué 2:8-14 dice: “...Antes de que los espías se durmieran, la mujer subió a la azotea y les dijo: Yo sé que el Señor les ha dado esta tierra. Todos los habitantes del país les tienen miedo. Por causa de ustedes están tan atemorizados, que su ánimo está por los suelos. Sabemos que, cuando ustedes salieron de Egipto, el Señor hizo que el Mar Rojo se secase (...). También sabemos lo que ustedes hicieron con (...), los dos reyes amorreos al otro lado del Jordán (...). Cuando lo supimos, nuestro ánimo decayó. (...) ya no les queda ánimo a nuestros hombres, pues el Señor es Dios en los cielos y en

la tierra. Por eso les ruego que me juren por el Señor, que, así como yo he tenido misericordia de ustedes, también ustedes la tengan con la casa de mi padre. Pero deben darme una señal segura de que la vida de mi padre y de mi madre, de mis hermanos y hermanas, y de todo lo que es de ellos serán libradas de la muerte. Ellos le respondieron: Con nuestra vida respondemos por la vida de ustedes. Si ustedes no nos denuncian, (...) tendremos misericordia de ti”.

Notemos la sorprendente y férrea convicción de Rahab. No conoce todavía mucho sobre el Dios de Israel, pero con tan solo oír hablar de Él, ya tiene el firme convencimiento y certeza de que Jehová es el Dios Todopoderoso. Arriesga su vida, expresando su certeza por la victoria de Israel. Ella está segura de que Dios dará la victoria a Israel. Ella ya quiere garantizar su lugar en la nueva ciudad, bajo las nuevas condiciones existentes, a partir de la llegada del ejército israelita.

Es impresionante el contraste con otras tantas personas de Israel que dudaron del poder de Dios. Sin embargo, esta mujer, que no había visto ningún milagro siquiera, sí tenía absoluta convicción de que la victoria sería dada por el Señor. Por lo tanto, vemos el clímax del relato: ¡Ella hace un trato! Se asegura de garantizar su supervivencia y su futuro.

Según Josué 2:16-20, leemos que Rahab les ayuda a bajar por la ventana con una cuerda, porque su casa estaba sobre la muralla de la ciudad. “...Luego les dijo: «Váyanse al monte, para que sus perseguidores no los encuentren. Escóndanse allí unos tres días, hasta que ellos regresen; después, podrán irse por donde vinieron. Ellos le dijeron: «Nosotros te hemos hecho un juramento, y lo vamos a cumplir. Así quedaremos libres de culpa. Pero tú debes atar este cordón rojo en la ventana por donde nos descolgaste. Y ellos le dijeron: eso nos servirá de señal cuando entremos a la ciudad. Reúne en tu casa a toda tu familia, es decir, a tu padre y a tu madre, y a todos tus hermanos y parientes. Todos los que estén contigo dentro de esta casa, estarán a salvo. Si algo les pasa, nosotros cargaremos con la culpa de su muerte. Pero todo el que salga de las puertas de tu casa, será culpable de su propia muerte, y nosotros no cargaremos con la culpa. Si tú nos denuncias, quedaremos libres del juramento que nos has obligado a hacerte.”

Y así quedó el trato está hecho. Ellos quedan en que habría una señal, un hilo rojo atado a la ventana, para que cuando el ejército llegara, Rahab y su familia fueran libradas de la muerte, al momento de la invasión del ejército. Vemos en primer lugar, una mujer que no tenía tanta oportunidad ni relevancia en la cultura patriarcal hebraica. Y en contraste, vemos, del lado del pueblo de Israel, varios hombres líderes que dudaron de Dios; inclusive la mayoría de los espías que fueron a ver la tierra, dudaron de que ellos fueran capaces de conquistar la tierra.

Por otra parte, tenemos una mujer que es cananea, perteneciente a un pueblo, cuyos límites morales y religiosos, habían sobrepasado los límites hasta el punto de que serían aniquilados por el juicio divino, y, aun así, ‘esta mujer tiene una fe extraordinaria’.

Además, tenemos que prestar atención al hecho de que ella es una prostituta; es decir, que no hay nada recomendable en la persona de Rahab, desde el punto de

vista social. Y menos aún, esa perspectiva sobre cómo se visualiza a sí misma. Es decir, la impresión sobre su propia vida, sobre lo que ella es, su identidad. Vemos, no obstante, que ella pone su fe y confianza total, completa, en el Dios de Israel, al punto de, digamos, arriesgar su propia vida.

Así que ella se despide de esos agentes secretos, los espías, y estos se marchan. Y se ha dejado atado el cordón rojo en la ventana, como la señal previamente convenida. Según sigue relatando el texto en Josué, al marcharse, se quedan tres días en las montañas, siguiendo la recomendación de Rahab. Fue muy acertado y propicio su consejo, porque los perseguidores regresaron sin resultados. Buscaron a lo largo del camino, sin encontrar rastro.

Los dos hombres emprendieron el regreso; y cuando llegaron donde Josué, le reportaron un informe exhaustivo del hecho, según lo expresa el versículo 24, para luego enunciarle lo siguiente: “El Señor ha puesto esta tierra en nuestras manos. Por causa nuestra, todos los habitantes del país han perdido el ánimo.” (RVC)

El pueblo de Israel, su ejército y sus líderes importantes, habían conocido del poder de Dios, los milagros, y hechos extraordinarios, que ocurrieron cuando Dios abrió el mar rojo, y proveyó maná durante la jornada del desierto. Es decir, que tenían todas las razones posibles para tener fe en la persona del Dios de Israel; sin embargo, dudaron. Habiendo recibido buena formación religiosa, teniendo liderazgo espiritual adecuado, teniendo milagros uno detrás del otro, sabiendo de la gran victoria que Dios había dado contra los más poderosos del mundo, que eran los egipcios, aun así, no tenían la fe en Dios de manera adecuada.

Tanto es que creían que los hombres de aquella tierra eran gigantes poderosos. Pero esta mujer sencilla, una cananea, una prostituta, una mujer pagana, completamente alejada de aquello que podríamos esperar como razonable y elogiable, sí cree a tal punto en el Dios de Israel, que deposita su esperanza en la victoria del pueblo de Dios, contra su propio pueblo, teniendo la certeza de que Dios habría de darles el triunfo sobre Jericó, como ya lo había hecho antes. Rahab sí cree y confía, sin haber visto absolutamente nada, ni presenciar un solo milagro. Eso es impresionante, sorprendente, y seguramente nos debe llevar a una profunda reflexión.